

un factor fundamental, cuya interrupción significaba el obstáculo para las funciones vitales de salida y entrada de mercancías.

Dado el nuevo orden de cosas, no era raro que para 1881 James Blaine considerara el propuesto canal de Panamá como "una extensión de la costa estadounidense". El concepto que se iba dibujando no era tan extraño puesto que a pesar de la interrupción oficial de una política expansiva, debido a la crisis doméstica, los ciudadanos americanos se habían encargado de continuarla. En el Asia oriental se había llevado a cabo una filtración continua; habían logrado forzar al Japón a abrirse y habían logrado entrar a la competencia por los privilegios chinos. Para 1898 el nuevo expansionismo estaba tan maduro que sólo bastaron pretextos para anexar las islas Hawai y provocar la guerra hispanoamericana que convertiría a los Estados Unidos en una Democracia Imperial.

El viejo y el nuevo expansionismo habían situado a los Estados Unidos en una posición que conduciría a la hegemonía en el siglo xx, pero que por de pronto los introducía en el embrollo de la política occidental en el Asia y en la política europea. Esta entrada se efectuó primero a través de las altas finanzas y, más tarde, con la combinación de las finanzas con la "tesis ideológica de la 'libertad'" —que era *liberty*, no *freedom*, como con sutileza apunta el autor— que daría por resultado el mundo dividido en dos que todavía vivimos.

El libro no sólo resulta interesante sino de fácil y amena lectura. Resulta estimulante hasta para llegar a conclusiones muy diferentes a las del autor. Para nosotros la primera parte está más redondeada, más hecha, sin duda por ser la que el autor ha trabajado más a fondo. En la segunda echamos de menos algunos factores que son de primerísimo orden en el trasfondo de los acontecimientos, como la inmigración masiva que tiene lugar entre 1865 y 1900; el darwinismo social, filosofía que iba a sustentar el nuevo expansionismo, esta vez definitivamente imperialista; y el pensamiento de Alfred T. Mahan que serviría de estímulo a los acontecimientos de las décadas de 1890 y 1900 (Hawai, la guerra hispanoamericana, la independencia de Panamá y la construcción del Canal).

Nos gustaría también haber visto modernizados conceptos como el del "Oriente", anclados todavía en un mundo colonial hoy casi desaparecido y que suenan extraños para un mundo interdependiente y que ha superado el eurocentrismo. Si revisamos geográficamente el concepto, resulta que el llamado "lejano oriente" resulta para nosotros un "cercano occidente".

No nos queda duda, sin embargo, al afirmar que el libro de Bosch García es una lectura obligada para todos los estudiosos de la historia y la problemática de las Américas.

cumpleaños: la encarnación de la metáfora

Por Juan Manuel Molina

*Cumpleaños** se parece a los jardines de Octavio Paz: no es un lugar, sino un tránsito: "una vertiginosa inmovilidad" o una "metamorfosis de lo idéntico".

Quizá, más que nada, un tiempo. O todos los tiempos a la vez: el instante perfecto. Un solo instante plagado de múltiples "visitaciones": Borges, Velázquez, el tono de algunas escenas de Polanski y, desde luego, Octavio Paz.

Junto a esas visitas, *Cumpleaños* —novela concebida como un viaje alrededor de esos círculos perfectos que deben recorrerse dos veces completas para retornar al punto de partida— tiene un hombre que "recuerda, incesantemente, los momentos simultáneos de su conciencia", y una ciudad en la que "cada edificio es sí mismo y todas sus transformaciones, hasta el origen: el espacio vacío".

El libro es también la narración del instante fugaz en que George —padre de Georgie, que hoy cumple diez años— se enfrenta a un recuerdo que le informa de un hombre que "vive encerrado para siempre en una recámara desnuda, de ventanas tapiadas, pensando al mundo, pensando a los hombres... Pensándote

a ti, que no existes, en un tiempo que no existe".

Todas estas presencias, esencialmente temporales —la estructura misma de la novela es un "tempo" que caminando hacia atrás llega al futuro—, nos ponen en contacto con laberintos mentales rigurosamente geométricos, en los que hay diversas series de tiempos transparentes que se mezclan, que se funden en un espacio común pero necesariamente caótico, necesariamente heterogéneo. En cada uno de esos tiempos móviles —círculos concéntricos que giran en direcciones opuestas— habitan diversas versiones de lo uno y lo otro: nos encontramos de pronto, nos perdemos, escogemos nuestra muerte o la presenciamos.

"Hambre de encarnación padece el tiempo" dice Paz en el epígrafe. A partir de ese punto Fuentes construye una metáfora que en un extremo tiene un reverso y en el otro un espejo: la encarnación de una trinidad que se niega, se repite, se yuxtapone. El mito del espejo recorre la novela como una fibra medular: yo, que he sido otro, me estoy siendo tú, que fuiste nosotros, que seremos él. La imagen del doble es ya demasiado elemental: el espejo refleja un triángulo innumerable, y en el triángulo hay un espejo, y el espejo es un reflejo.

Así, tiene uno que preguntarse si

* Carlos Fuentes, *Cumpleaños*. Ed. Joaquín Mortiz. México, 1969.



Editorial Joaquín Mortiz

Nueva Narrativa Hispánica

JOSÉ AGUSTÍN: *Inventando que sueño* (2a. ed.), \$ 25.00

HÉCTOR SÁNCHEZ: *Las manio- bras*, \$ 35.00

ENRIQUE LAFOURCADE: *Frecuencia modulada*, \$ 35.00

AUGUSTO MONTERROSO: *La oveja negra y demás fábulas*, \$ 25.00

SERGIO FERNÁNDEZ: *Los peces*, \$ 25.00

WILLIAM AGUDELO: *Nuestro lecho es de flores*, \$ 48.00

FRANCISCO TARIO: *Una violeta de más*, \$ 25.00

RICARDO GARIBAY: *Lo que es del César*, \$ 30.00

JUAN GARCÍA PONCE: *La cabina*, \$ 25.00

HÉCTOR MANJARREZ: *Acto propiciatorio*, \$ 25.00

PEDRO JUAN SOTO: *El franco- tirador*, \$ 35.00

ROBERTO RUIZ: *Los jueces im- placables*, \$ 30.00

En todas las librerías o en
Avándaro, S. A., Ayuntamiento 162-B
Tel. 5-13-17-14

Cumpleaños —universo abierto y clausurado, intermitente y contumaz— es finalmente el Aleph extraviado y verdadero del que Borges tuvo vagas sospechas. Pero esta pregunta, como casi cualquier otra de las muchas que plantea la novela, debe encontrar su respuesta más allá del mismo libro. La presencia de una ausencia complementaria es tan rigurosa como en *Las Meninas*, o *La Venus del Espejo*, de Velázquez; como en la múltiple *Rayuela*; como en alguna prosa de Juan García Ponce —*La presencia lejana*, *Desconsideraciones*—, que también sabe de estas cosas. La estructura ideológicamente geométrica de *Cumpleaños* encuentra sus puntos de simetría y reunión fuera de sí misma. Obra abierta, permanece como un lugar de tránsito, poblado de fantasmas. La única presencia infatigable es una subversiva voluntad de ambigüedad: ni lo uno ni lo otro, lo uno y lo otro, lo múltiple. De aquí que por los intersticios del primer tema central —la encarnación del tiempo— asomen muchas otras encarnaciones: del uno otro, de la lucha entre unidad y pluralidad, de la edad de oro, de los siete días de la creación y más, de teologías silogísticas y tierras de gracia prometidas: utopías, caídas, redenciones, caídas.

En busca de la memoria perdida

En el principio hay un rito: la muerte, lo Uno, que iguala a todos los miembros de una estirpe disuelta. Hay después una caída en olvido y, por tanto, en pluralidad: ya no se tocan los extremos y el deseo de unidad recurre a la invención de la metáfora.

La metáfora de *Cumpleaños* (su emisión de imágenes, su nombramiento y descubrimiento de realidades) reúne en un plano común los extremos de unidad y pluralidad: el bien y el mal. Se trata, en última instancia, de la trinidad como metáfora de una realidad diversa y cambiante. Por eso tal metáfora tiene su dialéctica en la metamorfosis. Y la metamorfosis, inesperadamente, encuentra su rito en el happening. Unidad de parejas opuestas, identidades de signo contrario. Todo es a un tiempo uno y lo otro.

Identidades de signo contrario: la presencia natural del sexo en la última parte del libro crea dos planos distintos de significados. En uno, el sexo funciona como continuidad de una trinidad que se transforma en el acto de amarse y odiarse; en otro, el sexo se da como punto de reunión y lucha, vuelta a los orígenes y regreso a la igualdad: “Se ha aprovechado de mi ausencia, dijo (dije) mientras le ponía (me ponía) la segunda bota.” Y más adelante: “...yo muevo los labios al mismo tiempo que él, digo lo mismo que él dice cuando él lo dice; estamos los dos en la cama con Nuncia y hacemos las mismas cosas al mismo tiempo.”

El amor corporal se nos va revelando en su doble unidad de sacrificio y gozo,

de ritual y subversión, de principios de realidad y de placer, de ensanchamiento de ser y nulificación: “Y yo, el hombre que actúa para que el verano, la mujer y el bosque sean la misma cosa conmigo, desaparezco poco a poco para unirme a ellos: dejo de ser yo para ser más yo, dejo de ser yo para ser ellos. Dejo de conocerme para ser uno... No creo... haber poseído a Nuncia: fui Nuncia.” La presentación de todos los tiempos en un instante es una conmutación de significados: comunión-violación-incesto-génesis-muerte.

Pero en el fondo de la angustia del narrador, que va descubriendo los tiempos y los espacios de su realidad, hay, siquiera sea por momentos, una elemental identidad con el mundo. “Esta casa —se pregunta— la que recorro durante imprecisos instantes, ¿fue, es, o será?” En verdad, la casa —el mundo— está siendo, se hace en el momento mismo de nombrarla, de encuadrarla en diferencias y similitudes.

De esta manera, el narrador es un Melquiades que señala con el índice y dice esto es una esquina, esto es una columna, detrás de este muro está el vacío, esta mujer que me desconoce se llama Nuncia, ese niño que me observa soy yo. En su tarea de inventarlo todo, el narrador descubre de pronto que “el tiempo se me ha vuelto tan ancho como algunas premoniciones, tan estrecho como ciertos recuerdos”. Vive en un instante total: el momento incandescente en que se cumplen todos los tiempos de una vida. Caído sin memoria en un universo que necesita inventar, que necesita repartir en similitudes y diferencias sobre el espacio común del lenguaje, advierte que las cosas, “que apenas balbucean, para mí, su primera necesidad de ser”, exigen una desnudez total para venir —devenir— a compartir el espacio de la realidad.

Cumpleaños, por eso, está escrito del lado de la creación: el espacio anterior al séptimo día, el tiempo en donde las

cosas están siéndose, uniformándose lentamente de diferencias. En su mundo clausurado —detrás de las cortinas hay muros cerrados; debajo del polvo del jardín, ladrillos— el protagonista palpa la encarnación de la metáfora. Su enfrentamiento a lo real es un viaje por un intrincado sistema de signos que se ordenan, en un principio, de acuerdo a las correspondencias —“los corredores, allí, son los patios; las basílicas imperiales los templos comunes; las cocinas del monarca, las fondas del pueblo...”— y que finalmente nos apresan en un ritual nominativo del que protagonista y mundo saldrán a luz, serán alumbrados.

El espacio de la duda absoluta

Esta identidad entre lenguaje y ser nos conduce, más allá de la novela-palabra, a un narrador rousseauiano, menos ingenuo y más angustiado: “...podría convocarlo todo, si así lo deseara. Me volvería loco: mi vida sería idéntica a la naturaleza”. La identidad, punto total, es también la nada. La voluntad de no perecer se ejercita entonces en la búsqueda de los reversos, los intersticios, las puntas de lo otro.

En este momento de la narración, tras múltiples ambigüedades de identidad; tras oscilaciones de realidad-irrealidad, de espejo-imagen; tras identidades y correspondencias y rupturas entre hombre y mundo, llegamos a un momento de síntesis, que no puede dejar de citarse: “tres tesis escandalizaron al mundo; la primera, fue la eternidad del universo; la segunda, la de la doble verdad; la tercera, la de la unidad del intelecto común. Si el mundo es eterno, no pudo haber creación; si la verdad es doble, puede ser infinita; si la especie humana posee una inteligencia común, el alma individual no es inmortal, pero el género de los hombres sí”.

Este esfuerzo de clasificación racional es sólo un pálido reflejo “de un pensamiento más profundo”. Ese pensamiento

Libros Académicos

CILA

Sullivan 31 bis

la parábola del caos

Por Mónica Mansour

puede ser muchas cosas, pero, sin lugar a dudas, está vinculado con el verdadero y desgarrado y punzante tema de *Cumpleaños*: la libertad humana.

Con todos estos elementos Fuentes confabula los términos de una pregunta atormentada sobre el libre albedrío del hombre: esto es, sobre el hombre mismo. Si Octavio Paz se ha quejado recientemente —*Conjunciones y disyunciones*— de la falta de una historia del hombre, Fuentes intenta aquí, al menos, situar ese indefinible mediante el rigor implacable del ser y la naturaleza de la libertad.

“... Ser engendrado, nacer, morir, son actos ajenos a nuestra libertad.” Contra esos actos Fuentes levanta nuevas inquisiciones. Su voluntad de reverso, de violación, lo toca todo. *Cumpleaños* participa de un diabólico intento de construir, como una Torre de Babel, el espacio de la duda absoluta.

Fuentes quiere negarlo, invertirlo todo. Primero, el narrador, al recobrar la memoria, se transforma. Y a partir de esa metamorfosis se inicia una serie de oscilaciones de identidad, de transmuciones de términos. Los protagonistas son un péndulo frente a un espejo: la imagen de sus identidades oscila entre puntos de fusión y dispersión, que finalmente se resuelven en la pretendida historia de “Siger de Brabante, teólogo magistral, denunciado por Etienne Templier y por Tomás de Aquino”, el cual “fue asesinado por un sirviente enloquecido en 1281”. Y se agrega lentamente: “Algunos cronistas disputan la veracidad de esta fecha.” La veracidad de *Cumpleaños*, la veracidad del tiempo, la veracidad misma.

En todo caso, la veracidad está en un deseo de negación total, de romper el relato, de disolver el lenguaje, de violentar cualquier orden. El estilo mismo de la novela es frío, metálico, acerado. Las frases construyen planos, geometrías severas. Las palabras, secas, tejen porosidades húmedas de ambigüedad. En cierto modo, la prosa de Fuentes se niega a cumplirse, a significar fuera de *Cumpleaños*, que es una novela, pero que es también un capítulo, y que aspira a ser un párrafo, una frase, una palabra de múltiples significados. Puede afirmarse incluso que en ocasiones la prosa se vuelve pesada, molesta: el lenguaje quiere ser todo, menos literatura. La intención de la prosa de Fuentes está en otro lado: quiere agredir, busca la duda, se complace en el laberinto, en cerrarse sobre sí misma, en guardarse dentro de la barriga todas las cosas que nombra.

Carlos Fuentes afirma, finalmente, que el escritor es el máximo violador de realidades. De esa violación deberá surgir una nueva historia que nos libere de la bastarda enajenación establecida.

Por todo esto, y en última instancia, quizás *Cumpleaños* sólo sea una simple Caja de Pandora, modelo latinoamericano. No más, no menos.

Gombrowicz ha querido realizar en *Cosmos** “una novela sobre la formación de la realidad”.

Ante el caos, es decir, ante una serie de elementos racionalmente inconexos y absurdos, surge la necesidad o incluso la urgencia de encontrar un camino que designe un orden. Este camino no puede ser, para él, sino subjetivo, puesto que su principio, lo que le da sentido, es una idea —elegida al azar, entre todo lo que nos rodea— que se convierte en obsesión, desde el momento en que intentamos explicarla. Así, la repetición obsesiva de esa idea en relación con las otras cosas forma un orden definitivo: un mundo con sentido.

El autor crea de esta manera su realidad, reconociendo un orden en el caos. Parte de dos elementos “absurdos”, inexplicables, que le han llamado la atención y que necesitan de algo que los una y que explique el mundo: un gorrión ahorcado y colgado de un árbol y una extraña relación entre dos bocas totalmente diferentes. En cuanto esos dos elementos reciben atención especial, todo gira en torno a ellos y se convierten en una obsesión. Igualmente se vuelve obsesivo el inquirir por una relación entre ambos elementos. Esta búsqueda es, desde entonces, el orden que conformará la realidad. Se inicia así una serie de asociaciones que unen otros acontecimientos y objetos con el camino que se ha asumido.

Sin embargo, el sentido de esta realidad, o sea la explicación de los elementos primarios y de lo que se ha relacionado a ellos no llega a atisbarse. Existe el peligro de que la falta de identificación o de unidad transforme todo en un absurdo y no logre aislar un principio de explicación dentro del caos. Frente al conflicto angustioso que implica esa determinación de la realidad, el autor-protagonista decide incorporarse a ella, con la esperanza de así entenderla mejor. Para participar, lleva a cabo un hecho parecido y relacionado a su primera obsesión, que sin querer la sobrepasa. Ha intentado hacerse cosa, hacerse una parte más de esa cadena de orden, ahora ya inevitable.

Aquí surge una nueva posibilidad de interpretación: son dos muchachos, dos mentes humanas, que han convertido en obsesión los mismos elementos en búsqueda de la realidad. Sin embargo, sólo uno de ellos ha realizado un hecho que

complementa el cuadro de las asociaciones; para el otro, este hecho, visto desde fuera se une al misterio de uno de los elementos, y desde este momento ambas inquisiciones sobre la realidad llevan caminos por completo diferentes.

Se presenta también un problema de lógica en lo que se refiere a la posibilidad de entendimiento de un mundo creado por una serie de elementos. Racionalmente, éstos no tienen en absoluto relación entre sí; pero, a medida que la mente asocia otros elementos con los primeros, se va estableciendo una nueva lógica, una lógica propia de esa realidad particular.

Llega por fin el momento en que se pueden unir los dos elementos primeros: el mundo cobra su sentido y se consume la angustia de la búsqueda en la comprensión de la totalidad, en la unidad de todo lo existente. Las cosas se ordenan conforme a una lógica que es, en sí, la realidad.

El conflicto que hemos descrito se desarrolla dentro de un ambiente aparentemente normal. Una familia polaca ha hecho de su casa en las afueras de la ciudad una casa de huéspedes, a la que llegan dos muchachos que están tratando de escapar de sus problemas en la vida cotidiana de Varsovia, familiares y de trabajo. Los miembros de esta familia —personajes bien delineados, cada uno con sus particularidades— viven de acuerdo con un orden establecido. Sus costumbres y manías también configuran ese orden, que sólo se empieza a quebrar cuando los nuevos huéspedes entran, tratando de encontrar una explicación racional a este mundo. Puesto que la realidad no es lógica, el intento de encontrarle un sentido la vuelve absurda. Y es precisamente ante el absurdo que los huéspedes se ven ante la necesidad de un orden, propio de su entendimiento individual.

Gombrowicz, en esta parábola del problema del hombre ante el mundo, ha creado así, con elementos sencillos, un caos y la angustiada búsqueda de un sentido que lo ordene, para hacerlo accesible y aceptable a la mente humana: la creación de una realidad.



* Witold Gombrowicz, *Cosmos*. Trad. de Sergio Pitol. Barcelona, Seix Barral, 1969 (Biblioteca Breve, Novela, 296 pp.).